

CARIBDIS, UNA TLACUACHITA EXPLORANDO EL COMPORTAMIENTO HUMANO

Autor: Ennio Héctor Carro Pérez

Introducción

Antes de imaginar que una tlacuachita podría inspirar escritos o una sección entera en una revista de divulgación científica, lo supuse de un perro, un gato o incluso un pato. Parece natural, por la cercanía, que los gatos, perros u otros animales de granja, puedan ser utilizados como vehículos para que niños y adultos, inicien una trayectoria de aprendizaje lúdica en ciencia y sobre ciencia, sin embargo, los tlacuaches, esa especie que por el crecimiento humano ha tenido que entrar en contacto con nosotros de manera poco amable y que a simple vista no es tan bella como un gato bien cuidado, ha pasado indiferente para esta actividad.

Para ellos o ellas, como se les quiera decir, Tlacuaches, Zarigüeyas o *Didelphis Virginiana* (Arcangeli, 2014), entre otros nombres, solo hemos sido hombres grises de Momo (Ende, 2003), robándoles tiempo y espacio.



Quizá por estas circunstancias y la probabilidad, entré en contacto con dos tlacuachitos de escasos 20 días de nacidos, a los cuales cuidé, no por ser “buena persona”, sino por la falta de servicios de auxilio animal de mi entorno.

Con la invaluable ayuda de mi esposa, los procuré y empecé a conocer. La lectura de publicaciones especializadas y no especializadas, nos permitió informarnos sobre su condición de marsupial y acerca de las creencias prehispánicas asociadas a esta especie, una de ellas, ubica al tlacuache como un animal benefactor de la humanidad, por proveer del fuego que roba con su cola a los dioses (López, 2006), lo cual, como López (2006) también lo afirma, nos recuerda al *Prometeo Encadenado de Esquilo* (2012) portador del fuego, fuego que disipa las sombras de la ignorancia y que representa conocimiento (Xirau, 2011).

En este sentido y siguiendo las creencias, un tlacuache puede verse como un medio para portar conocimiento y en consecuencia, no sería impropio considerar a una tlacuachita como gestora del mismo, que utilice la ignorancia como un catalizador.

La crianza de los tlacuachitos tuvo sus tropiezos, solo uno de ellos pudo continuar con vida: una hembra. Hembra que recibió de nuestra parte el nombre de Caribdis, aludiendo a la entidad mitológica griega, hija de Poseidón y Gea, que se materializa en forma de remolino para atormentar a los marineros, y es que para nosotros fue un remolino, un

evento que convulsionó nuestros patrones de conducta, nuestras costumbres. Para empezar, la búsqueda de un especialista que nos diera luz sobre el mantenimiento de los tlacuaches fue un problema, cuando se encontró, se dio paso a la crianza programada, cada hora alimentarla y vigilar su progreso. Cada fase de su crecimiento fue marcado por un compromiso: la vida en su mejor condición. Por casi un año, nuestras acciones estuvieron orientadas a que ella alcanzara un kilogramo de peso, después, en el segundo año, cuando alcanzó más de tres kilogramos, nuestra tarea se centró en reducir su peso. Todo un torbellino, un remolino, una vorágine como la de Eustasio Rivera.



Caribdis nos acercó a los tlacuaches y como el tlacuache ropavejero de Francisco Gabilondo Soler, ella nos hizo pensar en escenarios fantásticos, donde aprendió a leer por asociación y se preguntaba sobre las cosas que leía y veía. Estos escenarios, tanto el del *Ropavejero* como el de una *Tlacuachita ignorante*, no son del todo inverosímiles, solo es cuestión de pensarlos, como la siguiente historia:

"Un día cálido de agosto, en el norte de una entidad, con la costa más larga del país, una *tlacuachita* había sucumbido a la fuerza de gravedad, cayendo del lomo de su madre que quizá huía porque no acudió a su auxilio, lo que solo podemos suponer, lo cierto es que cayó y se vió presa entre las fauces de un gato llamado Darwin, o pudo ser Galileo, creo que pudo ser este último, menos feroz que el primero, ya que en vez de dañarla, la llevo al jardín de su casa y la depositó al pie de un árbol. Allí fue encontrada por un científico que junto a su esposa, también científica, habitaban en el campo, la tomaron entre sus manos y llevaron al interior de su casa, atónitos la miraron y se preguntaron, ¿qué es?, no parece un ratón, tampoco una tuza, ¿será una cría de tejón?, abrieron su computadora, y en eso que llamaban internet, escribieron "crías tejón", compararon la imagen con la pequeñita que recién habían encontrado y no tenía parecido con ella, después de cavilar un tiempo, alguien comentó ¿un tlacuache?, escribieron con el teclado de la máquina esta nueva palabra y sí, las imágenes que se mostraron correspondían con precisión, en ese momento decidieron criarle y le nombraron Caribdis.

Lo anterior fue el inicio de todo, ellos la cuidaron entre las lecturas de libros y artículos científicos. Caribdis, a la par que crecía, fue aprendiendo en secreto

a leer, asociando las palabras que escuchaba a los símbolos impresos de las páginas.

A parte de aprender a leer, tarea gratificante y del todo asombrosa, Caribdis se entretenía observando los rostros de esa mujer y ese hombre cuando revisaban las palabras impresas de manera vertical en los lomos de esos objetos que llamaban "libros", estos se encontraban ordenados uno tras otro, en fila, en largas repisas horizontales de madera, rematadas por paredes verticales del mismo material, después aprendió que estas repisas eran llamadas libreros. Cuando la mujer o el hombre pronunciaban palabras como "¿ya leíste Crónicas marcianas?" o "El origen de las especies", en el rostro se les marcaba una sonrisa y los ojos se les cubrían de agua, de la misma manera que a ella le ocurría cuando comía, de allí pensó que debía ser algo que disfrutaban, tanto como ella sus alimentos, por lo que un día se prometió que también disfrutaría de leer esas palabras impresas incrustadas en fila en esas altas repisas.

Cuando tuvo edad suficiente y bríos para escalar las estanterías de los libreros de madera donde se encontraban incrustados los lomos de los preciados libros, dedicó noches enteras, sin que alguien lo notara, a trepar por ellos y sin un tema en particular extraía uno y lo leía con avidez. Así, cada noche se formulaba una pregunta general sobre el tema central del libro, esperando que el autor le respondiera de una forma amena y sencilla.

De pregunta en pregunta, ¿porqué el amor no basta?, ¿la realidad es construida socialmente?, ¿qué es la conciencia?, ha conocido y sigue conociendo...

Hasta aquí la fantasía, sin embargo, ayudados por Caribdis, en esta sección especial de "La Tlacuachita ignorante", se presentan un conjunto de artículos sobre tópicos que los estudiosos del comportamiento humano han

considerado relevantes durante el siglo XIX y XX, en ellos se aborda la conciencia, la inteligencia, las capacidades cognoscitivas, el amor, el bienestar, la vida cotidiana y la constitución social de los individuos. Si bien nuestra tlacuachita ignorante, en realidad no puede leer, seguramente en un mundo ideal lo hubiera disfrutado, esperando que todos nosotros hagamos lo mismo.

Autor:

Ennio Héctor Carro Pérez

Universidad Autónoma de Tamaulipas

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales

Coordinador del Centro de Investigación y Desarrollo Tecnológico Aplicado al Comportamiento (CIDETAC)

ennio_carro@yahoo.com

Referencias.

Arcangeli, J. (2014). Manejo de crías de zarigüeya (*Didelphis virginiana*) en cautiverio. *Revista Electrónica de Veterinaria*. 15 (9), 1-13. En línea <https://www.redalyc.org/pdf/636/63632727002.pdf>

Ende, M. (2003). *Momo*. México: SEP, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.

Esquilo (2012). *Las siete tragedias* [colección "sepan cuantos"]. México: Editorial

López A., A. (2006). *Los Mitos del Tlacuache*. *Caminos de la mitología Mesoamericana*. UNAM. <https://www.libros.unam.mx/los-mitos-del-tlacuache-caminos-de-la-mitologia-mesoamericana-9786073074100-ebook.html>

Xirau, R. (2011). *Introducción a la historia de la filosofía*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

